

Textos Urbanos

Juan Guillermo Valderrama Santamaría

La verdad sin calzones

Crónica de los submundos



LA VERDAD SIN CALZONES

CRÓNICA DE LOS SUBMUNDOS

Juan Guillermo Valderrama Santamaría



Serie TEXTOS URBANOS
Fondo Editorial ITM

LA VERDAD SIN CALZONES. CRÓNICA DE LOS SUBMUNDOS
1ª Edición, diciembre de 2008

© Juan Guillermo Valderrama Santamaría
© Instituto Tecnológico Metropolitano

ISBN 978-958-8351-51-3
Hechos todos los depósitos legales

DIRECCIÓN EDITORIAL
Fondo Editorial ITM

CORRECCIÓN DE TEXTOS
Lucía Inés Valencia

DISEÑO DE CARÁTULA
Leonardo Sánchez

Impreso en Colombia - Printed in Colombia
Editorial L. Vieco e Hijos Ltda.

Instituto Tecnológico Metropolitano
Calle 73 No. 76A-354 (Vía al Volador)
Tel. (574) 440 5100 • Fax (574) 440 5101
Medellín • Colombia
<http://www.itm.edu.co>

A mi esposa, Dora Monsalve Montaña,
y en memoria de mi padre,
don Antonio Valderrama Vélez

Este libro describe en la primera parte (17 capítulos) la experiencia personal del autor, y en la segunda (11 capítulos) su permanencia en una comunidad terapéutica. Escrito con un solo dedo en lenguaje llano, constituye testimonio auténtico de una parte de la historia de Medellín, insoslayable como el robo, el asesinato, la prostitución, el tráfico de drogas, la corrupción generalizada y la miseria que surgen con el crecimiento de cualquier ciudad, aunque algunas consigan disimularlo mejor que otras.

Su lectura es una sorpresa por la naturalidad y sinceridad del relato y el arte de la composición, que revelan un escritor nato con las cualidades del buen narrador, como lo muestra el aspecto novelesco, aunque se disculpe cortésmente.

Los submundos de Medellín, incluido el denigrante “estrato cero”, se suelen tratar como crónica periodística para entretenimiento e información ligera de la curiosidad que puedan producir los quinientos o trescientos ejemplares, casi clandestinos, que es el tiraje normal de libros en la ciudad lectora, “la más educada”.

La importancia de la obra está sustentada por su franqueza confesional. La selección de los casos que el autor presenta, las situaciones dramáticas o tragicómicas, lo anecdótico recreado con memoria fotográfica, la habilidad para crear el suspenso y resolverlo con humor, así como la

altura en que se sitúa en cuanto observador, le confieren un alcance documental de primera mano que se convierte en material informativo de consulta y análisis para diversas profesiones y público en general.

En un país cuya aterradora historia de violencia en todas sus formas es de tal magnitud, que si no se olvida resultaría imposible vivir con tan abrumadores recuerdos de sevicia e insania, con el peso inconmensurable de las atrocidades cometidas generación tras generación, rubricadas con vivas a nombre de una u otra facción de distintos orígenes, a cuál más fanática, brutal y sanguinaria; en este país al que le caben todos los epítetos de deshonra por su crueldad y barbarie, son los artistas los que logran poner sobre el miedo y el desconsuelo un verso, una canción, un color, una forma bella, el relato perdurable de tantas desgracias y la compasión de una triste sonrisa.

Por el temor que produce la respuesta esperada la pregunta se formula mal y se obtiene lo que se desea: un dictamen falso. Acostumbrada a la confusión, Colombia se hace trampa a sí misma para no reconocer las verdaderas causas de sus conflictos y problemas, que se dejan crecer hasta que se vuelvan insolubles y se conviertan en páginas mustias de la Historia. Al amparo de la desidia o ineptitud aumentan la amargura y el resentimiento; el odio y el rencor.

La antigua picaresca antioqueña es aún reconocible en los relatos actuales por su ingenio y truculencia, derivados de la necesidad o la rapacería. La drogadicción le dio otra forma, añadiendo elementos imprevistos. Por su interés editorial el tema se explora en favor de la actualidad, pero esta crónica excepcional ha sido hecha con propósito ilustrativo y didáctico. Su principal advertencia, resumen de la obra, es que la puerta del infierno se abre con el primer basuco que se consume. Por tanto, socialmente útil. A lo cual contribuye la parte literaria que hace un placer de su lectura por la maestría en la estructura del relato, la variedad del contenido y una prosa cargada de alta poesía, no

en el tono sentimental y ridículo que perdura tercamente en Antioquia, sino en la voz firme y segura de un narrador que conmueve hondamente, hasta el punto de que usted ante sentimientos encontrados no sabe qué hacer: si reír y llorar al mismo tiempo.

Mostrar una parte de la ciudad que contrasta con la imagen convencional es la intención del autor. Y en forma indirecta, sin falso moralismo, fiel a los hechos, dejar un ejemplo social a la manera clásica. Libro hablado, como si usted pasara una inolvidable tarde con el autor, o escuchara una grabación. Los personajes que retrata magistralmente, con tanta propiedad y penetración psicológica como comprensión y ternura, aparecen como son, sin alteraciones literarias, con sus sentimientos naturales, sus reacciones humanas y su lenguaje, que el autor respeta porque sin él carecerían de autenticidad. No como las señoras de los talleres de escritores, que alegan que habiendo en el diccionario tantas palabras bonitas por qué se tiene que escribir culo. Lo que pasa es que culo es lo que tiene el pueblo, menos ellas que lucen *dérrière*, *pompis*, *colita* y *rabel*, palabras bonitas del idioma. La negra cocinera de la casa no tiene *dérrière*. Para qué negar que a la señora le parece culona. Este libro es la verdad sin calzones. ¡Qué fea! ¿No es cierto?

Si usted comienza a leerlo se puede enviciar a la lectura.

Jaime Jaramillo Escobar

Las historias que adelante se narran son vivencias propias y ajenas, acontecidas durante un período de unos veinte años. En la primera parte relato mi propia historia, que contempla básicamente dos escenarios: el barrio Aranjuez de las últimas décadas del siglo pasado, y el centro de rehabilitación para adictos Comunidad Terapéutica Medellín. Este centro fue fundado por Guillermo Restrepo en 1990, cambió de propietarios, directores y terapeutas en múltiples oportunidades, y cerró definitivamente su portón en el 2004.

La segunda parte contiene los retratos de algunos personajes con los que allí conviví. Aunque en ocasiones parezcan mitológicos, todos ellos son reales. Quienes me autorizaron a incluir sus nombres de pila, así se conservan en el texto; para aquellos que prefirieron el anonimato se emplean nombres ficticios.

La Comunidad Terapéutica Medellín, o “la Comunidad” como todos la llamábamos, tenía su única sede en una finca ubicada en el municipio de Itagüí, allanada y expropiada años atrás por las autoridades antinarcóticos. En épocas del apogeo de las mafias había sido utilizada como lugar de recreo de narcotraficantes; aunque su propósito principal era camuflar un laboratorio de procesamiento construido bajo la cancha de tenis, que aparte de resguardarlo, servía de helipuerto.

Cuando los integrantes del Cartel de Medellín empezaron la negociación para su entrega, a cambio de la no extradición, los lugartenientes que se presentaron ante la justicia en las primeras fases del proceso fueron recluidos en la cárcel de máxima seguridad de Itagüí. Aunque algunos fueron trasladados más adelante a “la Catedral”, otros muchos permanecieron en la primera, convirtiéndose en nuestros vecinos. Esa cárcel y la Comunidad estaban separadas únicamente por una malla electrificada. Ellos permanecían encarcelados al frente nuestro por vendernos su mercancía; y nosotros recluidos al frente suyo por comprársela.

Agradezco a mi amigo Jorge Toro Salazar, quien me colaboró en la revisión del texto; y a Jaime Jaramillo Escobar, quien me motivó a contar estas vivencias.

PRIMERA PARTE

JUANGUI

Aquella holgazana mañana de agosto, lunes para ser más exacto, holgazana y llena de resaca como eran para mí casi todas las mañanas de agosto, y de febrero, de julio, de diciembre, en medio de desolación y desesperanza, después de haber perdido todas las batallas en esa guerra mía, ausente de adversarios, pero de lucha sin cuartel, marcada entre las alucinaciones y los ratos de cordura, únicamente cobijado por la agonia de un inmenso resentimiento, por un momento repasé mi caos de veinte años ininterrumpidos consumiendo drogas lícitas e ilícitas.

En tantos años vi a mis padres alcanzar a los abuelos en arrugas y canas, gracias al cotidiano desvelo de sus noches infinitas esperando mi llamado a la puerta, o la peor noticia. También arrinconé a esa mujer que tratando de enderezar mi camino casi extravía el suyo, pero inteligente, me acompañó hasta la sepultura sin sepultarse conmigo. Presenció el entierro de los cuerpos y los sueños de más de treinta amigos, metidos uno a uno, año tras año, en sobrios estuches de madera. Todos, previamente maquillados, o mejor, remendados, con gomas de mascar que llenaban los orificios en sus rostros abaleados, simulando la piel ausente. Y para más, me enfraqué en repetidos intentos de suicidio, fallidos todos, como suelen serlo.

Aquel día decidí por fin dar el paso que tanto temía: atravesar aquella puerta que desde años atrás llegaba co-

queta a mis pensamientos. Sé que de haber sido la puerta de la habitación de una mujer, o de una casa de perversión, mi lujuria y mi ansiedad no me habrían admitido semejante demora; pero en este caso, tocar y pasar aquella puerta me implicaba dejar en su umbral a aquel hombre viejo que caminó conmigo por más de media vida, y en verdad no estaba seguro de querer abandonarlo. A fin de cuentas, hasta aquel momento había sido mi única compañía.

Comunidad Terapéutica Medellín, leí al bajar del taxi. Era un letrero de latón, con fondo azul y letras blancas, colgante de la malla. Una voz caribeña me dio la bienvenida; se presentó como Demóstenes. Caminamos hacia un patio adoquinado y mi mirada se distrajo entre aquel tumulto de gente. Cavilé: esto debe ser uno de los *delirium tremens* que me produce el alcohol; o una alucinación inducida por la basuca embaladora que vende Jahel; o tal vez una pesadilla. Me dije para mis adentros: ¡despertá pues hijueputa!, ¡despertá! Y efectivamente, desperté. En tono militar alguien gritó: círculo, círculo, círculo. De inmediato, en el centro de aquel patio, un grupo de no menos de treinta personas, de ambos sexos, con sus manos atrás y en posición de firmes, hicieron ronda en torno mío. Comenzaron a aplaudir, bailar y cantar:

*Da la mano a tu hermano, da la mano;
da la mano a tu hermano, da la mano,
dale una bienvenida,
dale una fiel sonrisa,
da la mano a tu hermano, da la mano.
No importa de dónde tú vengas,
si siguiendo el espíritu estás,
si tu corazón es como el mío,
dame la mano y hermano serás.*

Pensé: ¡Ay Dios! ¿A dónde putas me metí? Cuando pedí la dirección y los datos de este centro, nunca dijeron ser Testigos de Jehová. ¿O serán Adventistas?... Una voz amable me sacó de mis reflexiones.

–Bienvenido a la Comunidad; mi nombre es Edilberto Ramírez y soy el director de este centro de rehabilitación.

Acto seguido, otros empezaron a presentarse, estrecharon mi mano y me dieron la bienvenida:

–Rodrigo Jaramillo, odontólogo, consumidor desde hace quince años de basuco, marihuana, alcohol y hombres; estoy aquí para tratar de cortar con el consumo de todas esas sustancias y enderezar mi vida. ¡Ah, se me olvidaba! Soy portador de sida hace ocho años.

–Demóstenes Sabaleta, barranquillero, abusador de sustancias alucinógenas y estimulantes por veinte años, contador de profesión y narco de vocación. Tengo apenas dos semanas aquí y llegué para organizar mi vida y la de los míos.

Negro hijo de puta y petulante, pensé. Un timbre femenino interrumpió mis pensamientos.

–Yo me llamo Rafael Daza. Abogado de profesión, aunque nunca he ejercido. Soy de la Ciudad de los Santos Reyes del Valle de Upar, conocida como Valledupar, tierra bendecida por el canto de los jilgueros, cuna de acordeones y madre de la Leyenda Vallenata. ¿Ok?

Todos rieron en coro. Yo, apenas asentí con la cabeza.

Se dieron otras presentaciones y saludos de bienvenida que sumaron más de una hora. Cuando creí que había terminado semejante ceremonia, en donde pareciera que lo importante eran los títulos profesionales y años de adicción, Edilberto me dijo a quemarropa:

–Ahora, hablanos de vos.

–¿De mí?

–Sí, de usted.

–La verdad, de mí tengo muy poco qué contar.

–¿Qué consumías?

–Casi lo mismo que todos ustedes: basuco, alcohol, mujeres y remordimientos, durante veinte años.

–¿Qué esperarás de la Comunidad?

–Sinceramente... ¡Nada! En este momento estoy tan confundido que ni siquiera sé qué espero de mí.

—¿Y por qué viniste a dar aquí, pues?

—¿Aquí se puede ser honesto?

—¡Por supuesto!

—Llegué porque se me acabó el dinero y se me cerraron todas las puertas, o más bien, me las cerraron. Y con honestidad lo digo, si tuviera dinero y puertas abiertas, seguramente no hubiera tocado ésta.

—¿Tu familia?

—Tengo una mujer que ya no sé si es mía. También padres y hermanos que se cansaron de mí, y los entiendo; si yo hubiese sido uno de ellos, mucho antes lo hubiera hecho.

—¿Cansarte?

—Exacto. ¡Ah!, y también tengo una perra, Laik, que en verdad es lo único que me preocupa en este momento.

—De todas formas, bienvenido a Comunidad. Te aseguro que en unos pocos días disiparás tus dudas para bien o para mal; y también que, desde el momento en que pasaste este portón, tu vida se partió en dos: antes y después de las drogas; antes y después de Comunidad. Señores, ya se pueden retirar.

Todos se dispersaron como hormigas.

Antes de irse, Edilberto, en tono familiar me expresó:

—Éste será tu hermano mayor, se llama James. Será el encargado de enseñarte cada norma y mostrarte el sitio donde dormirás a partir de hoy.

¿Hermano mayor? Tengo nueve hermanos mayores en mi casa y no quiero tener uno más... En fin, esperemos a ver qué pasa. Mi supuesto hermano, con una voz tan ronca que parecía ladrar, me dijo:

—Me llamo James Ríos y estoy aquí por iguales circunstancias que todos, por drogas; aunque lo mío es sobre todo el alcohol. Soy cerrajero especializado en cajas fuertes y cerraduras de bancos. ¿Vos a qué te dedicás?

—Soy artesano.

—¿Artesano de qué?

—Tenemos una microempresa familiar de artículos navideños y pesebres. Hace unos veinte años que vivimos de eso. Llevo esos mismos veinte soplando de cuenta del Niño Dios.

Por mi buen apunte, esperaba al menos una sonrisa en la cara de hielo de mi interlocutor, pero nada pasó.

—En estas hojas que te entrego se explican, paso a paso, cada una de las normas que se deben seguir aquí, y las respectivas sanciones por su incumplimiento; y en estas otras el programa, meta por meta. Son treinta y seis metas, una por semana; así que, mi estimado amigo, si las aprobás todas, estarás aquí durante nueve meses. Cada meta perdida será una semana adicional de permanencia.

—¡Un embarazo pues!

—¡No entiendo!

—Lo digo por los nueve meses.

—¡Ah!, si esa es tu manera de ver la vida, será un embarazo; pero, mucho cuidado con un aborto. Aquí hay muchos más abortos que nacimientos felices. Mejor vení y te muestro tu pieza; a los recién llegados siempre se les reserva “la suite”.

Mientras caminábamos hacia la casa, los residentes que encontrábamos me saludaban con sonrisas burlonas y miradas escrutadoras, como espulgando mis pensamientos. Yo les respondía con igual moneda, aunque disimulaba divisando el paisaje.

Frente a la habitación que sería mi morada leí en letras mayúsculas, pirograbadas en el corazón de una tabla que colgaba del marco de una puerta inexistente: LA SUITE. Me dije: ¿La suite? ¡Bueno, algo es algo!

El interior de la habitación era una sala de recibo habilitada como dormitorio, con cuatro camarotes de dos pisos en perfecta formación e impecablemente tendidos, salvo uno. A falta de paredes, tres vidrieras en forma de panal hacían las veces de muros; una cortina casi transpa-

rente intentaba ser la puerta, y unas estanterías de latón, pintadas de gris, servían como closet. James, señalándome el único colchón descubierto, me indicó:

–Esta será tu cama.

Caminando hacia el estante, continuó:

–En ese rinconcito vacío podés acomodar tus cosas. Aquí duermen los residentes de Primera Evolución. En la medida en que tengas logros te cambiarán para una mejor pieza, tranquilo. Bueno, me retiro para que te acomodes. Si necesitás algo, buscame. Ah, una última cosa: dentro de la casa no se puede fumar. Nos vemos después.

–Esperá. ¿Primera Evolución?

–Sí. El grupo de los residentes nuevos, los “primíparos”. Leé las hojas, ahí está explicado todo el proceso terapéutico.

Partió sin una palabra más, y sin mis gracias.

Dos días antes había venido para conocer las instalaciones, pero Edilberto no me había enseñado este cuarto, y mucho menos me explicó que yo dormiría aquí. Sólo me enseñó la cancha de fútbol, la piscina, el quiosco con vista a la ciudad, los magníficos prados, el prodigio del clima y los excelentes frutos de los múltiples árboles de mandarina, guayabo y naranjo, casi silvestres por todo el perímetro de la finca. Pensé: ¡Ya no se puede hacer nada! Además, ya pagué los doscientos ochenta mil pesos del primer mes, y, antes de hacerme el recibo, Edilberto me recalcó: “Después de que pagués la pensión no se te devuelve un sólo peso, así te quedés apenas un día”. Pagué y firmé, de modo que voy a ver cómo es esta mierda; y si me aburro, pues me largo. ¿Cuántos doscientos ochenta mil pesos me he gastado en una sola noche, entre alcohol, basuco y putas? Si veo que esto no es para mí, pues empaco y adiós; y hago de cuenta que fue una noche de rumba.

Mientras tendía la cama y acomodaba mi ropa, no dejaba de pensar en lo que había dejado atrás. Una mujer que, aunque me apoyaba en todo yo celaba sin razones, que

no me necesitaba para nada, y sin remordimientos podría cambiarme por cualquiera que le calentara la oreja. Una familia que no entendía el porqué uno de sus descendientes se convirtió en un hijueputa, sin haber tenido progenitores con tales atributos. Una perra bóxer, Laik, que a pesar de sus muchas hambres por mi culpa, seguía saludándome con su mochito de cola. Una empresa, venida a la quiebra, gracias a que su dueño, es decir yo, siempre gastaba mucho más de lo que ganaba. Ah, y por último, mi motocicleta, mi “sinvergüenza”, como la llamaba, la compañera en mis farras y noches de lagunas mentales; la que, a pesar de mis descuidos mecánicos, nunca me dejó tirado en ninguna parte, así yo la dejara botada en cualquier lugar. Hoy justamente cumplía ocho días de estar empeñada en un millón de pesos, en una casa de vicio. ¡Qué gran hijueputa soy!, ni siquiera las motos se libran del desorden que es mi vida.

Me pregunté: ¿en qué momento se me perdieron veinte años de vida? ¡Parece que fue ayer cuando me fumé aquel primer basuco! La soledad y el desamparo llenaron cada rincón de esa pieza que sería mi morada durante los siguientes nueve meses, según el programa. Un frío de miedo recorrió mi cuerpo; y una angustia originada en mi impotencia me invadió el alma.

Yo, que siempre gustaba de vivir bien, vestir bien y tener, en lo posible, lo mejor, estaba tendiendo una colchoneta a rayas azules y blancas, rellena de tela reciclada y molida. Su lona tenía impresas las huellas de antiguos sudores, orines y espermas, que me esclarecían que yo no era su primer inquilino.

Al organizar mis pertenencias en el pequeño y único vacío de aquel anaquel, visualicé, con apenas mirar, quienes serían mis compañeros de cuarto. Aquella estantería parecía pertenecer a una tienda de remates de segundas, o mejor de terceras. Había tenis con calcetines embutidos adentro, con más mugre y huecos que tela, denotando que sus dueños no eran los reyes de la limpieza y mucho menos

de la abundancia. También, envueltas en bolsitas transparentes, bolas multicolores de jabón de baño, obtenidas por amasado de sus restos; tubos de crema dental vacíos, como pisados por rodillos de acero, pero no desechados, como si aún tratasen de extraer de sus escurridas paredes alguna pizca de dentífrico para otra cepillada; cepillos de dientes con las cerdas gastadas; desodorantes sin tapas; bluyines que, en lo profundo de sus costuras, daban fe de haber sido azules quién sabe cuantos años atrás; camisas y camisetas de distintas tallas, estilos, olores y colores; unas dobladas, otras envueltas en rollitos, mostrando en sus descosidos tejidos que no aguantaban otra lavada. Los resortes de calzoncillos, medias y pantalonetas parecían cuerdas reventadas de relojes. Se veían además libros, cuadernos, revistas, hojas de periódicos, novenarios, un surtido de Biblias de todos los tamaños, una camándula, lapiceros, lápices, latas de betún, radiecitos transistores, gorras, bolsas del Éxito y del Ley, cordones huérfanos, y un sin fin de cosas que ni sabía para que podrían servir.

Tras las vidrieras de la habitación sentía los ojos fiscalizadores de los residentes, que supuestamente desprevenidos, pasaban por los corredores de la casa. Empecé a maldecir el sitio adonde había venido a parar. Me sentía engañado por Edilberto, quien nunca me mostró semejante habitación. Si bien yo tenía auestas unos veinte años consumiendo alcohol y drogas, no creía merecer una pieza como ésta. Yo, todavía no era un vago de la calle, ni había dormido en las aceras; todavía era un adicto funcional; tenía trabajo, moto, ropa de marca, una mujer que me amaba, familia, una perra a mi cargo y mucho orgullo. No podía permitir que me trataran como un drogadicto de segunda clase. Así que reflexioné: voy a hablar con Edilberto para que al menos, me cambie de dormitorio; y si no lo hace, ya veremos.

No terminaba mi tarea, cuando el mismo timbre fastidioso invadió cada rincón de la casa.

–Cometor, cometor, cometor, –era Rafael Daza, el abogado.

Mi “hermano mayor” apareció diciéndome:

–Es la hora del almuerzo; todos debemos estar en la mesa en cinco minutos.

–Tranquilo, termino de organizar esto y te alcanzo. Gracias.

El recinto del comedor estaba conformado por dos salones amplios, cada uno con su mesa, divididos por una hermosa biblioteca en madera, que también servía como mostrador. Por la transparente cortina de la suite, su supuesta puerta, se tenía una vista completa de ese salón. Cada residente iba llegando, observaba los alimentos servidos y elegía sentarse allí donde los platos estuvieran más llenos. Pasé y me senté en la única silla que quedaba vacía, en la biblioteca, donde cabían cuatro comensales, dos de un lado y dos del otro. Mi compañero de enfrente, Rodrigo, en gesto de amabilidad y bienvenida, me regaló una sonrisa. De pronto, Edilberto entró y se dirigió a un puesto reservado para él; todos se levantaron con las manos atrás y en perfecto silencio. Imitándolos hice lo mismo. Edilberto, con tono de mando, preguntó:

–¿Por qué estamos aquí? –y todo el grupo en un coro, casi marcial, le respondió:

–“Estamos aquí porque no existe refugio alguno dónde escondernos de nosotros mismos. Mientras la persona no se confronte en los ojos y el corazón de los demás, está escapando. Mientras no comunica sus secretos, no hallará reposo. El hombre que teme ser conocido no puede conocerse a sí mismo ni conocer a los demás; está solo. Fuera de nuestros puntos comunes, ¿dónde más podremos hallar tal espejo? Reunidos aquí, la persona puede al fin de cuentas manifestarse claramente a sí misma, no como el gigante de sus sueños ni el enano de sus temores, sino como un hombre, parte de un todo, con su contribución para ofrecer. Sobre este terreno todos podemos echar raíces y crecer, no ya

solos como en la muerte, sino vivos para nosotros mismos y para los demás”.

Edilberto continuó:

—¿Quién quiere bendecir los alimentos?

De inmediato se escuchó:

—Señor, gracias por los alimentos que hay servidos hoy en la mesa. Que no falte nunca un bocado de comida en cárceles ni hospitales. Señor, y no te olvides de los adictos que aún están consumiendo en las “ollas”.

—¡Amén —respondimos todos.

Cada uno se acomodó en su asiento y el abogado, cual violín destemplado, indicó:

—Pueden pasar por la sopa.

Cada uno hizo fila detrás de una olla repleta de caldo humeante. Mientras esperaba sentado miré mi almuerzo: un morro de arroz blanco moldeado con un taza, un trozo de salchichón quemado por el calor, una rodaja de tomate rojo como ensalada; de sobremesa, en un pocillo de plástico verde, un preparado de Tang y a un lado la mitad de una mitad de servilleta. Las moscas, tratando de robar su parte, no dejaban de revolotear de plato en plato y de mesa en mesa. En la fila cada quien llegaba hasta la olla, el abogado llenaba su plato, retornaba a su puesto, y de inmediato comenzaba a devorar como ave de rapiña sobre su presa. Únicamente faltaba yo por arrimarme, pero no deseaba hacerlo; con sólo ver lo que estaba servido se me había quitado el apetito. El único almuerzo que permanecía tal como lo habían colocado era el mío; a los demás les faltaba muy poco por quedar vacíos. De pronto, mientras revolvió el caldo con una cuchara de palo, Rafael Daza se quedó mirándome y con tono irónico profirió:

—Veo que al señorcito no le apetecen los alimentos que hay en la mesa, ¿o me equivoco?

Me paré y fui a que me sirviera la sopa. Pensaba: ojalá que al menos me guste; porque, si este marica, por muy abogado que sea, me sigue jodiendo la vida, le pongo la mano.

—Se equivoca el señor, sólo esperaba que se sirvieran los demás; no me gusta hacer filas.

—¡Uy! Me resultó bravo el señorcito.

La desilusión fue inmensa cuando vi que me servía una infinidad de granitos de lentejas, como pepitas de un rosario. Con hipocresía, mi cara trató de hacer un gesto de agrado, mientras mi estómago gritaba desde lo profundo: ¡lentejas no, lentejas no! No sé por qué las lentejas han sido para mí una comida tan desagradable; su aspecto me recuerda siempre el vómito de un borracho, o un sanitario de esos de parada de terminal de transportes de pueblo, recién utilizado por un niño con diarrea.

Al parecer, con ese sexto sentido que también tienen los casi mujeres, el abogado percibió mi desagrado, y con picardía vació sin misericordia alguna cucharadas y cucharadas en mi plato, hasta dejarlo atiborrado. Me miró con carita de marica satisfecho y exclamó:

—Si gustas puedes repetir. ¡Guapo!

—Gracias, creo que con esto es suficiente. Y entre dientes mascullé: ¿Por qué no pones a repetir a tu puta madre?

Una vez sentado contemplé esos “manjares” sin saber por dónde comenzar, mientras los compañeros de manteles no dejaban de mirarme, sin disimulo alguno. Cerré los ojos, metí la cuchara en las lentejas, me imaginé el mejor mondongo hecho por mi mujer, la introduje en mi boca y tragué sin masticar. Escuché en mi mente: ¡milagro, sabe a mondongo! Sin embargo, al abrir los ojos y ver aquella sopa, esa diarrea, mi estómago gritó enfadado: ¿cuál mondongo? ¡Son lentejas pedazo de güevón! Y en la pelea entre mis recriminaciones estomacales y mis engaños culinarios, ganaron las primeras. De pronto alguien gritó:

—Permiso, Comedor. ¿Quién quiere salchichón?

—¡Yo!, respondieron no menos de cinco voces al unísono.

–Permiso, Comedor. ¿Quién quiere lentejas? –preguntó otro.

Y un nuevo coro de hambrientas voces contestó:

–¡Yo!

–Permiso, Comedor. ¿A quién le provoca...?

Y en una cadena interminable de voces y de permisos, de mano en mano, pasaban pedazos de salchichón, morros de arroz y lentejas. En ese instante comprendí que al encargado del comedor, Rafael Daza, se le llamaba “Comedor”, y que en aquel recinto había que pedirle permiso para hablar.

Yo apenas había tragado tres cucharadas de lentejas y unas dos de arroz; mi pedazo de salchichón seguía intacto. Entendí que ésta era la oportunidad de mi vida. Mirando a todos, pregunté con voz revestida de humildad:

–Permiso, Comedor. ¿Quién quiere almuerzo?

Mi vecino de asiento, con ambas manos y agilidad gatuna, tomó mis platos, los arrimó a los suyos, agarró el pocillo con Tang, y como quien gana la maratón de unos juegos olímpicos, gritó eufórico:

–¡Yo!

Pude sentir el descanso de mi estómago al desaparecer aquella comida, no del todo insípida, pero distante de mi agrado. Cuando creí que aquel embarazoso suceso había concluido, Edilberto se levantó, entró a la cocina, y tan rápido como habían desaparecido mis alimentos, reapareció con una cucharita en su mano, de esas para revolver el café; se acercó, me observó con desconcierto, luego miró a mi vecino de mesa, le arrebató la cuchara con que comía y le entregó la que traía. Con sarcasmo, le dijo:

–Veo que el señor tiene un apetito voraz y una ansiedad desmedida por la comida. Pues, para que controle la rapacidad e impulsividad que maneja, de hoy en adelante, y hasta nueva orden, comerá con esta cucharita; la llevará consigo a todo lugar, ¡ah!, recuerde bien, todo alimento, incluyendo el jugo. Señor, ¿le quedó claro?

—Sí señor.

—En cuanto a usted señor —sus ojos giraron hacia mí— espero que su Hermano Mayor le explique cómo funciona la mecánica de este lugar. Sepa y entienda que la comida que vio hoy es la que cotidianamente se sirve. Aquí, a nadie se le obliga a hacer lo que no quiera, ni a comer lo que no le gusta; cada quién es dueño de hacer con su boca y su culo lo que bien le parezca, claro está, sin afectar a los demás. Los que terminaron de almorzar se pueden parar. En media hora espero verlos a todos haciendo deporte en la cancha, o en la piscina.

Cada residente que se levantaba llevaba su silla a un rincón destinado para acomodarla, una encima de otra; enseguida recogía sus trastos, atravesaba la puerta de vaivén que llevaba a la cocina, vaciaba sus escasas sobras en un recipiente de plástico amarillo, los colocaba en el mesón y salía. Yo los imité.

Al salir me encaminé a los jardines con el propósito de fumar un cigarrillo. Demóstenes me inquirió:

—¿Vas a jugar fútbol?

—¿Es obligatorio?

—No. Tienes una semana de libre albedrío. Durante ese tiempo, si quieres puedes levantarte tarde, dormir a deshoras, no hacer deporte y también el derecho de asistir o no a los grupos terapéuticos. Después de esta semana, deberás hacer todo lo que hacemos los demás residentes. Es una especie de gabela, mientras te aclimas al lugar y le coges el engranaje a esto.

—Me gusta el fútbol, pero hoy no tengo ganas ni fuerzas para jugar. Estoy enguayabado y prefiero sentarme a pensar un rato. Han pasado muchas cosas en muy escasas horas y estoy más confundido que una lombriz en un baile de gallinas.

—No te preocupes, así llegamos todos. Yo apenas tengo dos semanas de haber llegado, y ya le agarré el tiro a esto. No creas todo lo que veas, y menos todo lo que te digan. Y en lo que te pueda colaborar, con mucho gusto.

—Gracias, hermano.

Demóstenes, como los demás, se fueron a cambiar de ropas para hacer deporte. Yo me senté al lado de un árbol de mandarino, encendí un cigarrillo y me dediqué a ahogar las ganas tan hijueputas que tenía de tomarme una botella de aguardiente y fumarme unos “cosos”. Llevaba escasas horas de internado y ya tenía propósitos firmes de desertar.

Bajo la sombra del mandarino mi mirada se metió entre los eucaliptos que rodeaban los linderos de la finca y se perdió en el horizonte.

Aquella pregunta que me había hecho antes, otra vez martilló en mi cabeza: ¿En qué momento se fueron veinte años de mi vida? Era como si desde aquel día en que me fumé el primer basuco hubiera entrado en un profundo estado de coma, del que comenzaba a despertar dos décadas después. Aquel primer basuco fue mi boleto para inaugurar el recorrido de mis tantos viajes sin retorno, esos que hasta ese día no conocía. Mi cigarrillo se terminó, encendí otro, seguí divagando, continué haciéndome preguntas carentes de respuesta, y esculqué entre mis recuerdos envejecidos por el polvo del basuco, deseando descubrir dónde me había extraviado en el camino. Y entre pregunta y recuerdo, y entre nostalgia y cigarro, mis memorias fueron a parar a aquella oscura noche del año 1978, en la tienda de doña Myriam.

LA TIENDA DE DOÑA MYRIAM Y LA CASA DE DOÑA JAHEL

—Juanguí, andá adonde doña Jahel, me comprás cinco “Suzukis” y te llevás cien pesos pa’ vos. Pero no te demorés, güevón, que el caso es de urgencia.

Esas fueron las palabras del “Gato” cuando me vio sentado, tomándome una cerveza, en una de las cuatro mesas de la tienda mixta de doña Myriam. Diligente le

recibí los seiscientos pesos, tomé el último sorbo de la oscura botella y me dirigí con paso acelerado a la casa de la doña. Cien pesos era el precio que mis parceros y yo le cobrábamos al Gato y a su grupo de amigos por conseguirles su codiciada mercancía. Sin contar que doña Jahel, por cada cinco basucos que le comprábamos, nos regalaba uno de ñapa que, por obvias razones, era para quien hiciera el mandado. Así pues que la “vuelta” no dejaba cien pesos sino doscientos, porque el basuco de ñapa se le podía vender al mismo Gato, o a cualquier interesado.

Llegué a la casa de doña Jahel. Como de costumbre, inspeccioné para un lado y otro, y como no vi policías ni viejas chismosas vigilando tras las cortinas, me acerqué a la ventana. Era una casa igual a todas las casas del barrio; lo único que la hacía diferente era su “jibariadero”. Vi a la matrona, como siempre, sentada en su mecedora, observando plácidamente la telenovela de turno. Sin saludos, que no ameritaba la ocasión, ni cortesías, le pedí:

–Doña Jahel, deme cinco cosos.

Ella, con la parsimonia que le permitía su descomunal gordura, se levantó de la mecedora, metió la mano en el bolsillo de su delantal de un blanco impecable, la sacó repleta de papeletas de basuco, me recibió el billete de quinientos pesos y fue depositando los cosos en mi mano:

–Uno, dos, tres, cuatro, cinco... y uno de encima para que no se vaya a ir a comprar a otra parte.

–Usted sabe que no, doña Jahel. Además al Gato no le gusta sino la mercancía suya.

–¡Que Dios y la Virgen me lo protejan, mijo!, y por aquí lo espero.

–Amén...

Y tomé el camino de regreso. El Gato y sus camaradas de farra me esperaban ansiosos; sus ojos y dientes brillaban anhelantes; les entregué sus cinco basucos, guardé el sexto en mi bolsillo, compré una cerveza y me fui a sentar en el mismo lugar donde estaba antes. Cada que sonaban unos

cuatro tangos y unas tres rancheras, el Gato me guiñaba el ojo (le daba dificultad hablar por el efecto que le producía el basuco) y sabía que era su señal para que volviera a subir adonde doña Jahel. Me entregaba el dinero y yo salía otra vez calle arriba, a comprarle cinco Suzukis, como cariñosamente llamaba a sus basucos.

La noche seguía su rumbo y el alcohol hacía su trabajo en mi cabeza. Las modelos de los almanaques de Pilsen parecían coquetearme con sus despampanantes voluptuosidades. Había depositado en el orinal unas diez cervezas, aunque me hubiera tomado apenas unas seis. Doña Myriam estaba feliz porque su caja registradora no dejaba de sonar. Doña Jahel igual, porque con cada compra mía su delantal se llenaba de monedas y billetes. El Gato ni se sostenía en pie, pero seguía fumando basuco y tomando alcohol. Yo estaba eufórico; a mis catorce años andaba metido en el mundo de los mayores.

Mi bolsillo estaba boyante de basucos y monedas. Mis pies comenzaban a sentir el trajín de la noche por tantas caminatas, pero mi espíritu de negociante no me dejaba claudicar. De nuevo el Gato me dio la señal y el dinero para que le comprara su dosis. Sin embargo, esta vez no tuve que ir donde doña Jahel; saqué los ahorros recogidos durante la noche, ñapa por ñapa, y se los entregué.

Yo seguía solitario, sentado, tomando cerveza y fumando cigarrillos. El olor a basuco, que no era ni desagradable ni indiferente a mi olfato, inundaba cada rincón del negocio y sus alrededores. Metí mi mano en el bolsillo del pantalón y noté que, confundida entre las monedas, tenía una papeleta de basuco. La saqué, la puse sobre la mesa y le pregunté:

—¿Qué será lo bueno que tenés para que la gente te consuma tanto?

Y no sé si por efectos del alcohol, o por la confusión de parlantes y voces en el lugar, creí escuchar a esa papeleta hija de puta diciéndome coqueta:

—¡Probame!

Me sentí retado, así pues que tomé un cigarrillo Marlboro, le quité la mitad de la picadura, abrí la papeleta, dejé caer su polvo amarillento en el corazón de aquel pitillo, le cerré la punta y lo fui rodando entre las palmas de mis manos, como a un rollito de plastilina. Cuando creí que picadura y polvo estaban perfectamente amalgamados, encendí un cerillo y doré el cigarro, como a pollo en asador. Seguí el procedimiento, tal cual lo había visto en quienes consumían, cada paso al pie de la letra. Luego, sin miramiento alguno, le prendí fuego.

Al instante su aroma y sabor me atraparon; fue un amor a primera vista. Mi cerebro comenzó a sentir como si dentro de su centro gravitacional de nuevo estuviera ocurriendo el Big Bang. Infinidad de juegos pirotécnicos y explosiones de colores inimaginables se sucedían cada vez que le daba una fumada a aquel cigarro y hasta el efecto del alcohol desapareció de mi cabeza. Pero, de idéntica manera como llegó tal euforia, así mismo se esfumó. En cuestión de segundos, terminada la combustión de basuco y tabaco, se apagaron las explosiones y el júbilo en mi cerebro, y mucho más cuando doña Myriam asomó por encima de la mampara donde estaba refugiado. Me miró con rabia y desconcierto, y me gritó:

—¡Sinvergüenza! Sí vas a fumar de esas porquerías haceme el favor y te las fumás afuera. Éste es un negocio decente. ¡Degenerado!

Justo a los ocho días de aquella experiencia estaba en la ventana de doña Jahel, diciéndole:

—Doña Jahel, véndame cinco cosos. Esta vez no eran para el Gato; eran para mí.

Regresé de aquel recuerdo. Habían transcurrido veinte años desde aquella noche en que me casé con el basuco; casi una vida entera. Habían pasado mujeres y amigos,

colegios y esquinas, motos y autos, empleos y despidos, accidentes y enfermedades, cárceles y hospitales, puñaladas y disparos, muertos y vivos, cementerios e iglesias, y yo seguía siendo el mismo “culicagao” de entonces.

Pareciera que me hubiera embalsamado un médico de tiempos faraónicos, no con pócimas milagrosas, sino con basuco. Se me momificó el cerebro y preservé inalterada mi inmadurez mental; no pasó igual con mi cuerpo, y menos aún con mi rostro, que evidenciaban el paso, no de dos décadas, sino de dos siglos.

Con mis 175 centímetros de altura, escasamente pesaba 55 kilos, y eso con la ropa puesta. Mi rostro, con la palidez del moribundo, parecía no tener sangre corriendo bajo su piel, sino leche. Con justa razón, cuando me bañaba o me veía desnudo ante un espejo, me venían a la mente las imágenes de esos cristos quiteños, tallados en madera por escultores primitivistas. Sin exagerar, en lugar de un humano flaco, parecía un esqueleto gordo. El papá, con ese humor sarcástico tan suyo, me dijo un día: si usted se llega a morir, así de flaco como está, se le podrán sacar los restos en tres días...

—Grupo, Grupo, Grupo.

Escuché el grito, llenando cada rincón de la finca y sus alrededores. Giré y observé que todos estaban bañados y vestidos. El partido de fútbol había concluido sin darme cuenta; mi cajetilla de cigarrillos estaba casi vacía, y mis ganas de beber y de soplar continuaban terriblemente latentes. Demóstenes se me acercó:

—¿Aburrido?

—Ni sé, hermano.

—No te pongas a darle mucha mente a tu pasado ni a tu futuro porque te vas a enloquecer. Trata de vivir el día. Tu hoy. Tu presente.

—¿Mi presente? ¿!Cuál!?

—Pues éste. Simplemente aceptar que estás aquí. Yo, como te comenté, apenas llegué hace un par de semanas y

créeme que no ha sido fácil, pero, por muy difícil que haya sido, es mucho más complicado vivir soplando que vivir en sobriedad.

—¿Lo creés?

—¡Claro que lo creo! Si no lo creyera no estaría aquí. ¿Vas a subir a Grupo?

—¿Grupo?

—Sí. Hoy hay Grupo de Expresión de Sentimientos. Claro está que por esta semana, si quieres, puedes excusarte de entrar.

—Y, ¿qué es un Grupo de Expresión de Sentimientos?

—Es un Grupo Terapéutico en donde cualquier residente expresa libremente sus emociones, negativas o positivas, para liberarlas. De todas formas es mejor verlo para poder comprender mejor.

—¿Cómo en Alcohólicos Anónimos?

—Sí, muy similar. ¿Entramos?

—Pues vamos. Te voy a contar algo, y espero que me guardés el secreto: tengo unas ganas las hijueputas de fumarme un coso.

—No te preocupes. Lo extraño en nosotros los adictos es que no tuviéramos esas ganas.

La respuesta solidaria de Demóstenes me provocó una paz inexplicable, gran confianza en él y valor para asistir al Grupo.

En el Salón del Encuentro, ubicado en el segundo piso de la casa, advertí, bordeando las cuatro paredes del lugar, un inmenso círculo hecho con sillas plásticas blancas, y en el centro un tronco de árbol de los que usan en las carnicerías para picar huesos.

Los residentes iban llegando y tomaban asiento; las mujeres, como de costumbre, fueron las últimas en entrar. Luego apareció Edilberto. Todos se levantaron, colocaron sus manos atrás y yo hice lo mismo. Edilberto lanzó la pregunta que escuchaba por segunda vez en ese día.

—¿Por qué estamos aquí?

—Por sopladores —contestó una voz imprudente que resulto ser la mía. Todos rieron a sus anchas. Edilberto me miró entre sonriente y disgustado:

—¿Dijo algo el señor?

—No, nada.

—¿Por qué estamos aquí?

Y todos en un rezo casi celestial respondieron:

—“Estamos aquí porque no existe refugio alguno donde escondernos de nosotros mismos...”

Al concluir, el silencio invadió el recinto. Las miradas se dirigían de un lugar a otro, se encontraban, se esquivaban... hasta que Edilberto interrumpió el mutismo:

—Aníbal, el Grupo es suyo.

—Gracias, Edilberto.

Sin vacilaciones, el residente que estaba a mi lado se paró y fue a sentarse en el tronco del centro del salón. Era un tipo casi de mi edad, de contextura menuda y aspecto campechano, que le daban un cierto aire de humildad. Sus ojos parecían no mirar a ninguna parte como si lo que quisiera ver no estuviera allí, o simplemente lo esquivara. Aclaró su garganta con un recio carraspeo y comenzó:

—Esto que les voy a contar deseo que se quede aquí. Muy poca gente lo sabe, y a pesar de que me he confesado ante curas y se lo he dicho a infinidad de sicólogos, no me deja dormir. Espero que contándolo aquí me libere de esta pesadilla que me persigue hasta despierto. Edilberto, le pido el favor que si digo alguna vulgaridad me sepa comprender, pero hay cosas que sólo se pueden llamar por su nombre. Y la verdad, yo soy un hijo de puta.

Todos en mi familia somos de Andes, un pueblo del suroeste. Cuando mi viejo murió le dejó a la viejita y a todos sus hijos, incluyendo los naturales, una muy buena finca, sembrada con café. Tenía beneficiaderos, secadoras, despulpadoras y todo lo demás. Era la mejor finca de todo el pueblo. La viejita, que rondaba por los setenta años, decidió repartirla equitativamente, todavía en vida. A cada

uno le dio un pedazo de tierra, con casita incluida y sembrados de café en plena producción. Ella también se quedó con el suyo. Lo que me correspondió era más que suficiente para vivir cómodo por el resto de la vida sin matarme mucho, pero, como buen antioqueño, me dejé llevar por la ambición y la envidia; yo quería más. Así que acepté una propuesta que me hicieron unos tipos llegados de Medellín, de alquilarles una casa vieja que tenía en mis tierras, para ellos montar una “cocina”.

Todo iba sobre ruedas, yo seguía con el cultivo de café, ellos cocinaban su “mercancía”, me pagaban el alquiler de la casa y, fuera de eso, me pagaban un excedente por cada kilo de “perico” que sacaban. Qué más se le podía pedir a la vida.

Pero esa puta plata mal habida es plata del demonio. Comencé a hacer negocios con esa gente; unas veces nos iba bien y las otras no tan bien. Así, hasta cierto día en que asistí a una fiesta en que celebraban la “coronada” de un “cruce”. Esa noche cambió radicalmente mi vida. Hubo putas, orgías, whisky, perico, baretta, armas y, por supuesto, basuco. Yo, aunque probé de todo, me quedé con el basuco y con una de las putas: Mariela, a la cual le puse placas particulares y la llevé a vivir juiciosa en una casita alquilada en el pueblo. Mi mujer y mis hijos estaban “sanos” de todo, y vivían, aparentemente felices, en la casa principal de la finca.

Pasaron tres años en luna de miel con los manes de Medellín, con el basuco y con Mariela. Hasta que, de pronto, las cosas comenzaron a cambiar. De cinco embarques que hacíamos se nos caían cuatro; la ley se dio cuenta de lo que estaba pasando y comenzó a pedir comisión; por su parte, los Paracos mensualmente nos cobraban la vacuna y los Guerrillos buscaban la manera de jodernos. Mi mujer se dio cuenta de todo, empacó corotos e hijos y se fue a la casa de mis suegros. Mariela seguía conmigo: mientras no le faltara rumba, plata y clavo vivía feliz, y yo mucho más, detrás de ella como enyerbao.

El caso, para resumir, es que un día me desperté, después de una rumba de ocho días, y resulté sin tierras. Según me contaron, y luego vi plasmado en un papel con mi firma incluida, la finca que era mía ya no lo era. Ante notario y testigos la había traspasado a esos malparidos de Medallo, según rezaba en el papel, en pago de una deuda de no sé cuantos millones de pesos que yo dizque había contraído con esos hijos de puta. Mariela como que también entró en el negocio, porque la muy perra se fue con ellos.

Me tocó desocupar la finca e irme para la tierra con la que se había quedado la viejita, donde vivía sola. Claro que chistaron todos mis hermanos y demás familiares, quienes dijeron que no era justo que después de soplarme toda la plata que con tanto sacrificio consiguió el viejo, volviera como si nada, a mortificarle la vida a mi mamá.

Pero el cuento no termina ahí. Una noche, tomándome unos traguitos con mi viejita, me fui para el patio trasero a fumar unos basucos. Cuando mi cabeza estaba embotada por el alcohol y la droga apareció ella con sus setenta años de arrugas y canas, con sus setenta años trastabillando por los dos o tres tragos de alcohol que tenía en la cabeza, con sus setenta años de padrenuestros y avermarías que aquella noche mandé para la puta mierda, con sus setenta años que esta “gonorrea” de hijo puso a soplar aquella noche.

Todos los reunidos, sin excepción, bajamos la cabeza en un coro de silencios, incredulidades, lamentos mudos, gestos de sorpresa, ojos encharcados por la rabia y el dolor. No sabíamos si tantos sentimientos eran por Aníbal o por su viejita. Él parecía fundirse con el tronco en donde estaba sentado, sus ojos petrificados miraban a ninguna parte o, tal vez, a los recuerdos que le atormentaban. Lo único que indicaba que seguía con vida era su respiración agitada, que parecía tratar de ahogar sus sufrimientos en cada bocanada de aire que con furia robaba al ambiente.

Después de unos minutos de hipnosis colectiva, inducida por sus confesiones, se llevó las manos a la cabeza y continuó:

—De idéntica manera como yo perdí la finca, la perdió mi viejita. Se la vendimos a las mismas “gonorreas” de Medellín, que ya por ese tiempo eran dueños de medio Andes; y alquilamos un ranchito en uno de los extramuros del pueblo. Mi cuchita, igual que yo, se encició al basuco; ni se podía levantar de la cama, pero desde que se despertaba hasta que se dormía, sólo me decía: “Aníbal, mijo, vaya al pueblo y tráigame una docenita de “tornillos”. Del dinero que nos quedaba de la venta de la finca compraba su docena de “tornillos”, una botella de aguardiente y tres docenas de “tornillos” para mí. A diario, durante dos años con sus noches, vivimos con el mismo trajín hasta que se terminaron los ahorros, y al mismo tiempo la vida de la viejita. Un cáncer de pulmón se la llevó a descansar en paz. Yo me tuve que volar del pueblo porque mis hermanos me buscaban para matarme, y sigo escondiéndome de mi familia en cuanta ciudad y pueblo hay en el país, aunque con franqueza, no sé sí me escondo más bien de mí. Tal vez por eso, todas las noches antes de acostarme me hago la misma pregunta: ¿No sería mejor dejarme encontrar?

Después de un eterno silencio, Edilberto preguntó:

—Aníbal, ¿quiere agregar algo más?

—No.

—Señores, no sobra recordar que lo que se haga, escuché o vea aquí, se queda aquí y aquí muere. No quiero escuchar comentarios sobre lo que cualquier residente exprese en este Grupo. Por hoy el día terapéutico ha terminado. Desde esta hora y hasta mañana a las seis el tiempo es de ustedes. ¡Aprovéchenlo!

Salí del salón más confundido de lo que había entrado. Aunque ahora sabía qué era un Grupo de Expresión de Sentimientos, no entendía qué se ganaba uno contando ante otros güevones iguales, o quizás peores, su propia vida

y obra. Al mismo tiempo cargaba con una dualidad: mi ego, feliz y petulante, me gritaba por dentro: “¡Sos un santo, nunca has llegado, ni con el pensamiento, adonde ha llegado esa gonorrea de Aníbal!”. Por otro lado mi conciencia me hacía dudar, confrontándome de la misma forma: “¿Tal vez sí, o de pronto peor?”

Entré a la Suite, tomé mi paquete de cigarros y me fui a sentar de nuevo al lado del mandarino. Las siluetas de las montañas comenzaban a tragarse el astro rey. Las ganas de soplar me perseguían con mucha más fuerza que antes de entrar al Grupo. La nostalgia, viendo a lo lejos las luces de la ciudad, el frío y mis veinticuatro horas de abstinencia, eran motivos suficientes para que mi cerebro reclamara rabioso: “Necesito droga y alcohol, necesito mujeres, rumba, paranoias, estímulos, me estoy deshidratando y desnutriendo sin mi alimento”.

No paraba de fumar, tratando de calmar la ansiedad que se me volvió incontrolable; la mandíbula se me desencajaba, las manos me sudaban, mi pie derecho no paraba de temblar, la agonía y el mariposeo se apoderaron de mi estómago, la diarrea, con el único hecho de pensar en el basuco, comenzó a hacer estragos en mis calzoncillos, y como alma en pena, tuve que correr hacia el baño más cercano.

En el sanitario me di cuenta de que mi estómago fue más rápido que mis piernas. Para empeorar las cosas, los únicos trozos de papel higiénico estaban usados y reusados y dobladitos en meticulosos cuadrillos, y me miraban desde un cesto. Mis jeans e interiores, embadurnados de mierda, yacían recogidos en mis tobillos, empapados de agua y orines, gracias a un charco que bordeaba la base del asiento, de fina porcelana roja.

Del pantalón saqué la billetera, los cigarrillos y la candela; y los coloqué en el tanque. Luego, me desnudé, me paré en la taza, saqué la cabeza por una ventanita dispuesta a manera de respiradero y tragaluz, y esperé hasta que pasara un samaritano.

Di gracias a Dios cuando a lo lejos vi a Rodrigo. Lo llamé con voz contenida, tratando de no hacer escándalo. Él miraba para todos lados, excepto para la ventanita. Después de guiarlo con silbidos y desesperados seseos, por fin me vio. Me sonrió, se acercó a la ventana, y preguntó:

—¿Te quedaste encerrado?

Como contándole un secreto, le aclaré:

—No. Se me mojó la ropa con el agua del piso, y fuera de eso me cagué. ¿Me podés hacer un favor?

Él, con ese coqueteo sarcástico que tienen los maricas, me respondió:

—¡Claro! ¿Hay que ayudarlo a limpiar y vestir, papi?

Cuál vestir, pedazo de marica, pensé.

—¿Me podés traer una muda de ropa y una pasta de jabón de mi armario? Ah, y también una toalla... y gracias.

Hizo un gesto de desconsuelo, y sin decir palabra salió caminando con parsimonia hacia la Suite. Pasado un minuto, o tal vez dos, que me parecieron eternos, apareció con el encargo y con no menos de cinco residentes detrás. Estiró sus manos, a través de la ventana me entregó la ropa, giró su cabeza hacia quienes lo acompañaban y respondió una pregunta que nadie había formulado, pero que se podía leer en el ambiente:

—Le hicieron daño las lentejas al niño y se nos cagó en los pantalones.

Bajé de la taza, acomodé la ropa de tal manera que no se me fuera a mojar (no había cortina que dividiera ducha de sanitario), abrí la llave y pude sentir el abrazo más frío que me haya dado agua alguna.

Todavía destilando agua a chorros, y la espuma del jabón aún bajando por el sifón, comencé a estregar calzoncillos y jeans, intentando borrar todo rastro y olor, toda evidencia de lo que minutos antes había sucedido. Pareciera que limpiara la escena del crimen.

Cuando por fin salí, la oscuridad de la noche comenzaba a invadirlo todo. Rodrigo me esperaba, sentado en

uno de los sillones del corredor. De nuevo me sonrió, y solidarizándose con mi percance, habló:

—No te preocupés, bobito, eso le pasa a cualquiera. La ropa la podés colgar allá, detrás de la Casa de las Muñecas. Sí querés te acompaño.

Asentí con la cabeza y nos dirigimos a la que era la exclusiva residencia de las mujeres. Estaba a unos veinte metros de la casa principal.

Al llegar al tendedero de ropas vi clavados en el piso ocho postes de madera inmunizada, enmarañados entre sí por una telaraña de cables de distintos colores, de donde colgaban innumerables indumentarias de todo tipo. Colgué las mías en el único espacio disponible.

Ni la diarrea ni el hielo de la ducha me habían quitado de la cabeza las ganas de soplar. Sólo pensaba en basuco y alcohol. En mi cerebro no había espacio para pensar en otra cosa. Miré a Rodrigo con cara angustiada:

—¡Ay, hermano! ¡Qué ganas de soplar tan malparidas! Te juro que tengo ganas de irme. Ah hijueputa, ¿por qué me metí aquí?

—Tranquilo, Juan. Es natural. Yo tengo aquí apenas una semana y desde que entré no he podido sacar el basuco de mi cabeza. Vamos para el quiosco, dejá de pensar en eso y verás cómo sin darte cuenta se te va pasando.

—Ay hermano, ojalá. Porque nunca en mi puta vida había sentido esto. Es mi primer día aquí y ya tengo ganas de irme.

—Dejá que llegue mañana, verás que estarás mejor.

Mientras caminábamos hacia el quiosco, la soledad e impotencia me envolvieron. Era una sensación extraña que nunca había sentido, como si algo se hubiera introducido en mi cuerpo y comenzara a devorarme corazón, hígado, estómago, pulmones, riñones, huesos, cada órgano, para dejarme vacío por dentro, sólo forrado con mi pellejo. Cuando quise sentarme me desmoroné. Rodrigo, asustado, me preguntó:

—¿Te sentís bien?

—Sí, no es nada...

Y, de pronto, las lágrimas que jamás había derramado, comenzaron a escurrir por mi rostro. Rodrigo callaba, mientras yo lloraba como niño recién nacido pidiendo su alimento, aunque lo mío no se remediaba con leche materna, sólo con basuco y alcohol. Un ser, que nunca había conocido ni escuchado, me susurraba desde adentro, o qué sé yo desde dónde: ¡me hace falta basuco y alcohol! Un frío con olor a muerte, convertido en gotas de sudor, comenzó a empapar-me. Todos mis músculos temblaban, por instantes mis mandíbulas parecían un par de castañuelas que no se quedaban quietas, y en otras mis dientes rechinaban. Ese endemoniado ser dentro de mi cabeza no dejaba de gritar cada vez con mayor fuerza y empeño: basuco, basuco, basuco...

Sin darme por enterado el quiosco comenzó a llenarse de residentes que traían en sus manos, cada cual, una silla. Se sentaron en la misma forma que minutos antes, cuando habían escuchado a Aníbal. Pero esta vez el círculo era en derredor mío. Luego apareció el tronco de carnicería, y por último entró Edilberto.

Colocó su mano sobre mi hombro y me invitó a sentarme en el tronco que reposaba en medio del redondel. Yo, sin saber lo que me esperaba, accedí sin protestar, como cordero manso rumbo al sacrificio.

—¿Nos querés contar qué te sucede?

—Nada.

—La Comunidad te puede ayudar, claro está, desde que vos se lo permitás.

—¿Ayudar? ¿Ustedes me pueden dar lo que en este momento yo necesito?

Edilberto de alguna manera leyó mis pensamientos y aclaró:

—Desde que no sea basuco ni alcohol, por supuesto. ¿Querés irte a soplar, verdad?

—Sí, la verdad sí. Desde que llegué no he tenido otro pensamiento distinto al de irme.

—¿Y cómo te vas a ir de un sitio adonde ni siquiera has llegado? Permitinos conocerte y que nos conozcás. Date una oportunidad. Ahora llamaron tus viejos a averiguar cómo estabas.

—Pues llamarían, tal vez temiendo que me vaya de aquí a joderles otra vez la vida.

—¡Puede ser! ¿Pero quién no se preocupa por alguien que ni siquiera deja dormir?

—¿Cómo así?

—Así. ¿Acaso es mentira que muchas veces vas a la casa de tus padres a que te presten dinero para pagar lo del taxi?

—¿Y vos cómo sabes tanto?

—Tu papá me llamó ahora, exclusivamente para saber de vos, pero fue tanta su angustia y su necesidad de que alguien lo escuchara, que me contó un poco de su historia y también de la tuya. ¡Ese viejo te ama! Ojalá yo tuviera a alguien que se preocupara, aunque fuera la mitad, de lo que él se preocupa por vos.

Mi orgullo y mi soberbia no me permitían aceptar que alguien se preocupara por mí, y menos el papá. Aunque lo amaba y respetaba, también era la persona con quien más tropezones y peleas tenía. Nos amábamos, lo sé, pero éramos como el agua y el aceite; una veces él hacía de agua, otras de aceite. Su orgullo no le permitía aceptar que yo era fiel retrato de su personalidad, aunque con muchas imperfecciones. Mi soberbia no me dejaba admitir en mi padre un modelo a imitar, un espejo, aunque a diario me mirara en él.

Comencé a llorar delante de los reunidos. A medida que mis lágrimas brotaban me sentía más vacío por dentro, como si mi cuerpo y mi alma estuvieran constituidos únicamente de llanto; como si en aquel instante fuera un castillo de arena junto a la playa, y mis lágrimas las olas del mar que llegaban para desmoronarme.

PALABRAS FINALES

355

Hoy viernes 10 de agosto del 2007, con más de ocho años de sobriedad y con Dora de nuevo a mi lado, he terminado este libro, deuda que tenía conmigo mismo y con la vida.

CONTENIDO

ACCESO	9
PRESENTACIÓN	13
PRIMERA PARTE. JUANGUI	15
MI PRIMER DÍA	17
CONTANDO DÍAS	61
RECAÍDA	97
TOCANDO FONDO	107
EL INFARTO DEL PAPÁ	123
Y CASI LA CAGO	135
DE REGRESO EN LA COMUNIDAD	143
SEGUNDA PARTE. LOS PERSONAJES CASI MITOLÓGICOS DE COMUNIDAD	
DEMÓSTENES	157
UNA MUÑECA MÁS PARA LA CASA	167
EDILBERTO	179
DE PILLO A CASI MONJE	215
EL CAMINANTE	237
EL TORERO	259
PRADITA	271
UN GURÚ CRIOLLO	291
UN MARICA DE ESTRATO SEIS	303
UNA FAMILIA MODELO	315
ALICIA EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS	337
LA YE	351
PALABRAS FINALES	355

La verdad sin calzones. Crónica de los submundos

se terminó de imprimir en diciembre de 2008.

Para su elaboración se utilizó papel Bond Alta Blanca 75 g,
en páginas interiores, y propalcote 250 en la carátula.

Fuentes tipográficas: Transit521 BT en 11,5 puntos para texto corrido,
y Transit511 BT en 15 puntos para títulos.